

Buenos días al país que queremos

Emilio José Archila Peñalosa

Director

Los colombianos de ésta y la siguiente generación, tenemos una oportunidad única. Nuestro país está aún en borrador y la historia ha querido que sea en este tiempo cuando se tomen las decisiones que determinarán la forma como vivirán los colombianos por muchas generaciones. A diferencia de lo que les ocurre a los europeos o los norteamericanos, los colombianos todavía podemos decidir cual es el modelo de sociedad que queremos para nuestros hijos y nietos.

Las instituciones que gobiernan lo público, el sistema económico que prefiramos, el ideal de éxito por el cual pretendamos que se nos va a medir, la infraestructura de nuestras ciudades, sólo han sido esbozadas. Nada en estos campos, ni en ninguno otro trascendental está maduro o puede decirse irreversible.

Para afrontar ese reto contamos, además, con una ventaja inmensa respecto de lo que pudo haber sido la misma situación para los países más viejos. Nosotros estamos partiendo de la experiencia de ellos, los colombianos podemos ver en el experimento de otros lo que queremos y lo que no queremos que nos pase. Pero, como sucede siempre, una gran oportunidad implica una responsabilidad geoméricamente mayor. Y esta no es la excepción, las mujeres y hombres que estamos aquí y ahora en nuestra Colombia, le debemos al futuro, no equivocarnos en las decisiones que tomemos para los que todavía no han vivido.

La tarea en ese sentido y con esa dimensión, no es fácil. Sobre todo si partimos del necesario reconocimiento de que lo que ha sucedido hasta ahora no nos gusta. Ciertamente, todos estaremos de acuerdo en que la caricatura de organización que ha movido nuestra Nación no es la que va a garantizar una sociedad más igualitaria y justa, ni una que le entregará a los ciudadanos una mejor calidad de vida.

Para hacer más complicado el dilema, esa alternativa que sí podría hacer de los colombianos del futuro mejores personas, con mayores oportunidades y niveles de felicidad envidiables, no existe, no está escrita, no la encontraremos en un libro escondido o en la traducción al español de algún programa de gobierno de un país desarrollado.

El modelo que queramos para Colombia, si pretendemos estar a la altura de las expectativas históricas, tenemos que inventarlo, diseñarlo, construirlo y mantenerlo, nosotros.

Naturalmente, para acertar en este cometido debemos, como primera medida, conocernos a nosotros mismos. No podemos comprar modelos ya usados, como tampoco nos será permitido que compremos cadáveres de sistemas fracasados o de algunos exitosos, y que tengamos la certeza que no crecerán bien en nuestro trópico. Tenemos que inventar modelos propios.

Es pertinente reflexionar sobre el tipo de sociedad que queremos y sobre la importancia de la educación para hacerla una realidad. La oportunidad que tenemos no es sólo en teoría. Si sabemos responder adecuadamente al reto, para casi todos los colombianos, significaría llevarlos a un nivel de vida deseado que, con cierto grado de esfuerzo individual, podrían alcanzar.

Obviamente, si mantuviéramos el país como lo estamos recibiendo, ningún cambio logrado con el esfuerzo individual va a significar una mejoría muy significativa en la manera como cada quien y los suyos habrían vivido durante su propio tiempo.

Pero, si logramos una Colombia como la que queremos, que sirva no sólo para sobrevivir sino para aprender a vivir de una manera diferente, con ciudadanos más dueños de sus destinos, sin necesidad de exigirles proezas inverosímiles, estos y su familia o amigos podrán haber pasado mucho tiempo juntos, habrán disfrutado del tiempo en que se desplacen por su ciudad, contarán con servicios públicos adecuados y a precios razonables, no deberán enfrentar situaciones discriminatorias que los hagan perder su autoestima, no vivirán con miedo a morir, ser secuestrados o de otra manera ultrajados por delincuentes, los niños habrán asistido a planteles educativos bien dotados con pécsums de primer nivel, no habrán tenido que padecer dolencias que la ciencia médica ya sepa curar o prevenir, estarán acostumbrados a asistir a espectáculos artísticos de talla mundial, podrán practicar su deporte favorito en instalaciones competitivas y habrán desarrollado un altísimo nivel de civismo.

De esta manera es fácil comprender que la tarea de hacer que lo público funcione bien, no es una labor que le corresponda sólo a los políticos o los servidores públicos. Por el contrario, resulta claro que lograr orientaciones correctas y ejecutivas reales en ese campo, está en el mejor interés de todos. Los que nos congregamos para dar nacimiento a esta fábrica de sueños y realidades, queremos eso. Queremos hacer patria, deseamos poner nuestra cuota de esfuerzo para no fallarle a la historia.

Creemos en el imperio de la ley, estamos convencidos de la virtud intrínseca que tiene la formación democrática de las normas de convivencia ciudadana y en la promoción del principio que la ley se cumple siempre y no solamente cuando nos gusta o nos conviene.

La Nación que queremos ayudar a construir no se hará bien, si no estamos alimentando permanentemente nuestro convencimiento, nos mantendremos atentos para que, aún nuestras convicciones más profundas y arraigadas, estén todo el tiempo en remojo y expuestas a la crítica para formar colectivamente el modelo que nos motivará.

Para esto y para todo lo que vendrá, necesitamos de todos. Solamente una visión compartida hará que todos nuestros esfuerzos se complementen mutuamente, y avancemos hacia esa sociedad que queremos más igualitaria, más productiva y más feliz.

Este es nuestro país, es nuestro tiempo. Hagamos entre todos de Colombia, el País que Queremos.